

Textos exposiciones

Terra incognita, (Axel Hütte, Casa de Velázquez, Parque del Retiro), *Ubicarte*, marzo de 2004

Árboles entre la niebla, humanos con los ojos nublados. En los dos casos, la ambivalencia que late en lo real. Por un lado, la animación extraña de lo inanimado (rocas, estanques, lomas). Por otro, la inanidad de lo animado, la lasitud de las almas. Como algunos otros fotógrafos, Hütte se tutea con el enigma del vidrio, las aleaciones ligeras, los brillos nocturnos. Y con la reiteración de montañas calladas, desoladas, sin humanos. Incluso juega con la desaparición de la humanidad en el rostro del hombre.

Discípulo de Hilla y Bernd Becher, Alex Hütte (Essen, 1951) forma parte de una generación de artistas criada en la Kunstakademie de Düsseldorf, de la cual forman parte también Thomas Ruff, Andreas Gursky o Candida Höfer. Sin llegar a formar un auténtico movimiento estético, todos ellos han contribuido a definir algunas líneas generales de la llamada nueva fotografía alemana.

Se trate o no de una plasmación del concepto de lo *sublime* en la acepción de Rilke, en Hütte encontramos otra vez el misterio de la exterioridad, el *punctum* tembloroso de un afuera que en cierto modo hace desvanecer el sujeto, ese omnipresente sujeto narcisista que es el tema de tanto *studium* fotográfico. Hütte trabaja no sólo el misterio de un paisaje renovado en múltiples viajes, sino también el enigma del rostro, incluso (que ya es decir) en el rostro de artistas conocidos. Y no precisamente para confirmar su estrellato, pues, aparte de que entre los retratos abundan los "don nadie", Hütte empuja cualquier rostro hacia el anonimato.

Con un estilo a veces abiertamente pictorialista, es característica su forma de desdibujar la línea del horizonte y de mostrar la fragilidad de los límites físicos. Con reflejos más reales, en su irrealidad, que lo real mismo, Hütte nos muestra el temblor de una imagen que querría abrazar lo informe, lo que carece de imagen. Hace poco, para referirse a algunas manifestaciones artísticas escogidas, Agamben hablaba de imágenes que *tiemblan* con el tiempo dentro, y no de imágenes colgadas en el tiempo, al estilo del imaginario público.

Tal podría ser la opción ética y estética de Hütte. Por ejemplo, en esos retratos reflejados en el agua que semejan unir lo líquido y lo sólido. También en el silencio con el que retrata algunas urbes. Es un tópico los constantes viajes del fotógrafo para apresar esquinas olvidadas de Australia, China, Islandia, Suiza, Alemania, España. Pero no se trata de otro recorrido por la aldea global, pues todo el trabajo de Hütte está saturado por condensaciones de la quietud, de una *densidad local* anclada en un extraño sosiego. Es posible que esa quietud, que sin duda proviene del extrañamiento, sea un privilegio del viajero, pero se trata de una experiencia que sólo se produce al detener nuestro "tren de vida". Baudrillard recordaba que al viajar es cuando tocamos hoy el peligro de lo real, fuera del circo mediador de los signos cotidianos.

Entre destellos oscuros, Hütte convoca el evento que sólo acaece en la penumbra. El demonio-dios de una vegetación que conspira, de los rincones inobservados. Los jardines despoblados, las calles vacías, la arquitectura opresiva. A veces con escenas de agua dignas de un Tarkovski, todo esto nos habla de la eternidad que coexiste con la más breve duración. De la necesidad de volver a cultivar lo

lento, el tiempo muerto del acontecimiento.

Madrid, 24 de febrero de 2004.